

## NAVARRA-EUSKAL HERRIA

### Nabarralde: una visión del país y de su historia

*Angel Rekalde*

Sabemos que para resolver un problema el primer paso es formularlo correctamente (Mariano Marzo).

La propuesta que presenta Nabarralde proviene de la constatación de que la formulación del conflicto que atañe a nuestra sociedad vasca es incorrecta.

La cita inicial, de Mariano Marzo, nos permite enlazar con la metodología de los paradigmas; son esos modelos que nos ayudan a interpretar del modo más acertado posible un problema científico. Sirva como ejemplo el paradigma tradicional del universo; durante siglos se pensaba que éste giraba alrededor de la Tierra; y fue superado por otro paradigma más certero, que sostenía que era la Tierra la que giraba alrededor del sol y de sí misma. El segundo paradigma explicaba la realidad con mucha más precisión. Con él encajan mejor los movimientos y fenómenos que se observaban en la rotación de los planetas, el sol y las estrellas.

No se trata sólo de acertar en la formulación. Un paradigma erróneo o limitado constituye más un obstáculo que un soporte en la resolución del problema, tanto en las ciencias naturales como en las sociales. Significa equivocarse, desviarse, pasar de largo en momentos cruciales, invertir esfuerzos en vano, empantanarse en procesos estériles, dividir fuerzas y desaprovechar recursos...

Algo de esto nos ocurre. Y lo vamos a revisar desde dos ángulos o cuestiones:

1) Cuál es el problema de nuestra sociedad.

2) Cuál es nuestra identidad.

Pienso que ambas cuestiones son centrales en la formulación de nuestro presente y, por lo mismo, en la construcción del proyecto de futuro a que aspiramos.

Que la respuesta a “cuál es nuestro problema” está mal formulada lo observamos cuando se promueve una selección de fútbol y no nos ponemos de acuerdo en cómo llamarla. En la tradición mitológica vasca funciona una creencia según la cual “*todo lo que tiene nombre, es*”. Sin recurrir a esoterismos, es evidente que si no sabemos cuál es el nombre de nuestra nación, de nuestro país, tampoco tenemos claro quiénes somos, quién es el sujeto político, qué dimensión tiene el conflicto, etc. Significa que no hay una formulación nacionalitaria de nuestro proyecto colectivo en la que los directamente involucrados estemos de acuerdo. Qué futuro puede derivar de ahí es, pues, algo problemático.

Y pongo como ejemplo el nombre de la selección, pero podemos extenderlo a la bandera, al territorio, a la historia... Son todas ellas claves centrales en un proyecto colectivo, y en todas se repite el fenómeno.

Que tampoco está clara nuestra identidad, al menos entre muchos de nuestros nacionales, lo podemos detallar con abundantes ejemplos. Algunos son insólitos. El domingo 27 de febrero (2011) el diario Gara, al referirse a la dimisión de la ministra francesa de Asuntos Exteriores, la definía como la “vasca Michèlle Alliot-Marie”. Supongo que para calificarla de vasca se referiría al lugar geográfico de su nacimiento, Donibane Lohitzune; pero pienso que no es una percepción más afortunada que la de que la Tierra es el eje del movimiento solar. Desde el sentido común, se me ocurren dos definiciones de Alliot Marie; oficialmente, es ciudadana francesa (y no vasca porque no hay ciudadanía vasca; no tenemos un Estado que señale derechos y deberes de ciudadanía); y, coloquialmente, es francesa, porque ella se siente así y así se presentaría por encima de todo.

Querer naturalizarla en tierra vasca es como otorgar la condición nacional al Duque de Ahumada, fundador de la Guardia Civil, porque, siendo hijo del virrey español que gobernaba Navarra, nació en Pamplona. Un militar ocupante no es de la sociedad ocupada. (O el caso de Savater, que no es más vasco que Francisco Javier de Girón y Ezpeleta, y que no creo que sea de nacionalidad vasca, como no sea para divertirse – sic).

## EL PROBLEMA VASCO

Recuerdo que hace unos años vino un periodista portugués en plena campaña electoral, en medio de las tensiones habituales, atentados, condenas, a realizar una serie de reportajes. Era amigo de un amigo, y le ayudé a conseguir algunos contactos y entrevistas. Cuando terminó los reportajes, con la confianza de aquellos días de ajetreo y citas, en la comida de despedida me comentó:

-En este país estáis locos. Tenéis unas ciudades de primera, una sociedad avanzada, una increíble calidad de vida. Un nivel de lujo... Y aún así andáis a tiros, sin llegar a un arreglo. ¡No entiendo! ¿Qué sucede aquí? ¿Cuál es el motivo de este conflicto vasco?

Sentados en un restaurante, no era el lugar más adecuado para una larga conferencia. Preferí improvisar.

-Imagínate que a vosotros, los portugueses, os hubiera conquistado España hace quinientos años. Y que lleváis esos cinco siglos con ellos en vuestro país...

Por unos segundos el periodista se quedó callado; luego asintió y me respondió.

-Ahora comprendo.

En efecto, comprendía. Los portugueses son sensibles a este argumento, porque ellos viven al lado, y tienen que sufrir el desprecio de los españoles. También fueron

conquistados, pero se sacudieron esa conquista. Y se ganaron un resentimiento histórico de España.

Pero, más allá de esa primera impresión, me di cuenta de que le había dado más datos al periodista. Porque por lo general se entiende que somos los vascos los que constituimos el problema de fondo. El “problema vasco”. Y yo le había ofrecido otra versión.

Decía Kafka, el escritor judío, que una cosa es tener un problema; y otra muy distinta serlo uno mismo. Cuando uno es el problema, no hay más solución que quitarse de en medio. Desaparecer. Y así está planteado este tema, de un modo que por desgracia asumimos en gran medida. Se entiende que somos el “problema vasco”, un problema interno de España. Somos una parte, una región rica, incluso privilegiada, que, con una ideología nacionalista, pretende alejarse del destino o, si lo preferimos, del tronco común.

Esta definición del problema vasco es la habitual; y la hemos observado en muchas expresiones: desde el libro de Gregorio Morán (Los españoles que dejaron de serlo) hasta el de Josemari Esparza (Cien razones para dejar de ser español).

Pero como entendió el periodista portugués, el asunto es el inverso. Los vascos no somos españoles; no somos un problema interno que les aqueja a los españoles, como un dolor de muelas. Al contrario, “ellos” son el problema; nosotros no éramos españoles, y nos forzaron; nos invadieron y conquistaron; ahí está la clave del origen. Y ahí está la violencia inicial que crea el germen de la posterior situación enquistada, sin resolver.

Pero, además de darle la vuelta al enunciado, es que cambia su naturaleza; de problema interno pasa a externo; de cuestión de orden público a tema de derecho internacional. La rectificación del paradigma cambia la naturaleza del problema.

## CONSECUENCIAS

Alguien puede entender que este planteamiento es ideológico, peca de historicista, se centra en una realidad pasada, lejana, irrelevante, y hoy se manifiesta como *frikie* o equivalente. Son algunas de las descalificaciones que se usan en nuestro país para desacreditar las posiciones de Nabarralde.

Sin embargo, la sociedad actual es resultado del devenir histórico, producto de los tiempos anteriores. Por citar a Sarrionandia, “el pasado no está cerrado bajo llave”. O dicho de otro modo, “el presente está lleno de historia y de injusticias”. Y no entender estas claves tiene consecuencias.

Nuestro pueblo sufre un largo y profundo proceso de aculturación. Desde luego, nada inocente. Ya desde Garibai, cronista vasco de Felipe II, se ha construido una visión del país que significativamente se orientaba al meollo del problema, alrededor del cual llevamos siglos dando vueltas, es decir, a nuestras relaciones con España, la principal potencia agresora y ocupante.

Según esta versión de larga tradición, los vascos pactaron con la corona española su integración, y fruto de este pacto recibieron los fueros. Como digo, significativamente, estos fueros han sido el caballo de batalla durante siglos: *matxinadas*, revueltas, guerras carlistas... Tema de continuo desencuentro.

Tras la última guerra carlista, siglo XIX, en plena Gamazada (otra revuelta fuerista), Sabino Arana propone su superación y reclama la independencia; pero no se libera de la visión de fondo. Mantiene la idealización de ese supuesto pacto inicial, origen de los fueros, no respetado por España; la división del país en territorios originarios, Gipuzkoa, Navarra, Bizkaia... Y como surge en Bizkaia, el *bizkaitarrismo*. Por otra parte, cuando necesita, lo que no le encaja, se lo inventa: la *ikurriña*, el nombre del país, Euzkadi, neologismos del euskera... *Bizkaia por su independencia* o la etimología de *Euzkadi* son dos buenas muestras de su ideario.

No se trata de arremeter contra Sabino o descalificarlo. Su aportación a la movilización y la conciencia vasca fue histórica y debemos reconocerla y valorarla. En un momento crítico, por añadidura. Pero debemos revisar, de modo constructivo, sus postulados.

Este paradigma que propuso el aranismo es uno de los elementos que a nuestro entender desenfoca la cuestión de fondo, y que por su relativo éxito en buena parte del país nos hace ver el mundo como un universo descolocado, que gira alrededor de la Tierra, sin que sus movimientos encuentren el mínimo de coherencia que necesitamos.

Porque un paradigma desenfocado nos trastoca la visión del problema. Y tiene consecuencias. Por mencionarlas, brevemente:

-Si planteamos el conflicto que nos lleva dando guerra durante siglos sobre bases arbitrarias, imaginarias, ese paradigma ofrece una visión parcial, limitada, folclórica, del mismo, de sus gentes y sus dificultades.

-Parte del país no se identifica con estas claves; tiene su propia lectura. Por no divagar, si el modelo aranista es muy *bizkaitarra*, la gente de la Alta Navarra ve esa interpretación como ajena. Falseada. Como un discurso impostado que no le incumbe.

-Al asumir una lectura parcial del patrimonio (identidad, cultura, referentes, simbología, memoria histórica...), una parte sustancial de ese capital simbólico queda abandonado. Se desdeña. Se neutraliza su poder cohesionador, fecundo, argamasa del grupo que se reconoce en él. Y el contrario –español- la recoge, la capitaliza y la utiliza como arma contra el proyecto de país. Aquí, también, por no irnos por las ramas, precisemos: la memoria histórica de reino independiente, las banderas, símbolos, cultura, nombre histórico del país, etc. Constituyen referentes propios que aprovecha el navarrismo, peón del españolismo, y lo utiliza contra nosotros.

Es un capital formidable, porque este pueblo tiene un patrimonio simbólico enorme en la medida en que ha sido independiente durante siglos en un Estado propio que lo ha nacionalizado, y ha forjado una cultura que es única, que tiene unos orígenes preindoeuropeos, que ha sabido mantener. Sin embargo, estamos tan enajenados que, aunque no ha desaparecido, aunque está ahí, no la reconocemos como propia.

Es una esquizofrenia incomprensible, en un pueblo aculturizado, que menosprecia sus propias raíces, y se abraza a otras de menos valor, mitificadas, folclóricas.

En una incultura suicida, no sabemos valorar lo que tenemos en nuestro bagaje histórico.

Pero, volviendo al tema de las consecuencias de este desenfoque del paradigma, éstas se extienden a otros aspectos de la vida cotidiana:

-A partir de este paradigma se formulan estrategias de acción equivocadas. Es natural; nuestra percepción de nosotros mismos condiciona nuestra proyección de acción y de futuro. De nuevo, por no divagar, precisemos: estrategias de pactos, procesos políticos diferentes por territorios, procesos de construcción social de todo tipo... Si partimos de definir el problema como conflicto interno español, ello orienta las estrategias de acción a un marco estatal hispano. Recordemos las escisiones históricas de ETA como tendencia constante, hacia posiciones españolistas, en un marco de acción que no es el nuestro.

O, en otro sentido, dada por buena esa lectura de nuestra supuesta tradición fuerista, se ha idealizado la vía pactista como la estrategia del país para su relación con España (y otros). Y ello conlleva deformar e ignorar por completo las relaciones belicosas, de fuerza y dominación, que han sido desde siempre. El país, Navarra, fue conquistado; las posiciones españolas, desde los tiempos de Castilla, han sido de ejército de ocupación (así se llamaban, abiertamente, las tropas españolas en la guerra carlista), de violencia, de colonización... Y no se puede encarar una realidad presente, y un proyecto de futuro, en los que la presencia de España es todavía un muro en el camino, ignorando la naturaleza de esta relación conflictiva.

-Pero también en el orden cotidiano de construcción social y nacional, esta visión deformada de nuestra realidad nos distorsiona. Por poner ejemplos de ordenación territorial, vemos los *herrialdes*, las provincias, como entes absolutos, piezas básicas y originales de nuestra arquitectura interna (política, territorial, identitaria...). Gipuzkoa, Bizkaia, Nafarroa Garaia... Y de este modo cada territorio ha de tener su Hacienda, su diputación, su superpuerto, su incineradora, su cultura, su aeropuerto... No sólo es un absurdo para cada segmento institucional, sino que conlleva una tremenda miopía ante un proyecto nacional unitario. La unidad territorial, estratégica, de proyecto colectivo, de futuro para nuestro pueblo, se rompe en una mitología de microestados independientes que supuestamente fueron en su origen las provincias vascas.

-Podemos seguir con esta enumeración de consecuencias lamentables de este paradigma desencuadrado, pero, por centrar la exposición, limitemos este recuento a un aspecto que a menudo se aborda en clave de humor, pero que en el fondo tiene muy poca gracia. Y es la continua oposición identitaria entre territorios. Desde los chistes de guipuzcoanos y bilbaínos, a los derbis entre equipos de fútbol, vivimos una sutil dinámica de oposición, dispersión y diferenciación de sujetos provinciales, como si esa diferenciación fuese sustancial. Hay una permanente promoción de las identidades parciales, locales, en contra de la identidad nacional que es, con mucho, la que necesitamos para construir un proyecto colectivo, propio.

## IDENTIDAD<sup>1</sup>

Y esto nos lleva a otro de los temas centrales, dentro de la distorsión de la propia realidad con que funcionamos, que manejamos como paradigma o punto de partida. El de la identidad. No merece la pena perder el tiempo en responder a quienes pretenden que el debate identitario está desfasado y fuera de lugar en los tiempos de la Globalización... Y luego nos reclaman enseñanza en castellano, nos imponen sus banderas, su nacionalidad y demás.

Por mencionar una de las innumerables reflexiones al respecto, David Arnold explica: "Con su enorme diversidad ecológica así como cultural, fue difícil para la India encontrar un conjunto único de lugares y símbolos ambientales que sirvieran para sus fines (los de Gandhi). La sal, como Gandhi averiguó muy pronto, fue excepcional en cuanto a tener significado para la India toda. Los paisajes, la flora y la fauna de Bengala, y aun las clases de alimento que ahí se consumían, eran muy diferentes de los de la Gujerat de Gandhi en el oeste o de Tamilnad en el extremo sur. Además, muchos de los símbolos naturales de la India portaban connotación religiosa específica, por lo cual no era fácil que fueran aceptados por los practicantes de otros credos. La potente imagen de la vaca, por ejemplo, fue explotada plenamente para congregarse a los hinduistas, pero tendió a ejercer efectos divisionistas en las relaciones de éstos con los musulmanes. Tampoco fue posible separar los ríos y las montañas de la India de una geografía sagrada distintivamente hinduista." ("La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa". David Arnold. México 2000. FCE).

Como sabemos, en el caso de Sudáfrica Nelson Mandela optó por impulsar un equipo de rugby para fomentar la integración racial —la cohesión social— y la superación de las fracturas internas que el *Apartheid* había producido entre la población.

En efecto, la identidad es un elemento esencial para la construcción nacional. Es la argamasa que da cuerpo y solidez a la cohesión social. Cumple una función metasocial en la medida en que define el sujeto colectivo en nombre del cual se instaura el "bien común". Etc., etc., etc.

La identidad está en el meollo del proceso de construcción nacional, tanto en su base, por cuanto marca la diferenciación, el "nosotros" del sujeto colectivo, como en su fin, pues es la sociedad que se pretende construir, el objetivo del proyecto de futuro.

Sin embargo, como apunta Jokin del Valle en otra reflexión más cercana a nuestra realidad: "Los paisajes son el resultado de la interacción entre una sociedad, con su cultura y sus modos de gestionar el medio, y un medio concreto con su relieve, su clima y su vegetación. Desde este punto de vista cada sociedad genera un paisaje y éste es reflejo de esa sociedad. De ahí que se generen esos vínculos identitarios entre

---

<sup>1</sup> Según Paul Ricoeur, la identidad tiene dos facetas. Una, que él denomina como "mismidad" ("mêmeté", en francés) y otra, la "ipseidad" ("ipséité", en francés). Según la primera, "A" y "B" son "idénticos", o lo que es lo mismo "A" es un idem de "B", por oposición a un "C", distinto de ambos. La segunda, designa la conciencia de sí y presupone la continuidad en el tiempo o, lo que es lo mismo, la memoria; los miembros de un grupo que se identifica como tal reivindican por consiguiente un mismo origen y constatan una permanencia del mismo a lo largo de la historia" (Luis M<sup>a</sup> Mtz Garate. *Lugares de memoria e identidad*).

sociedades y paisajes. Esto también ha dado pie a su utilización política como ocurrió con la mayor parte de los nacionalismos. El movimiento “bizkaitarra” de Sabino Arana identificó lo vasco con el paisaje rural vizcaíno...” (“El paisaje como herencia”, Jokin del Valle. Haria 28. Nabarralde. 2011). Y lo comenta este autor que, como navarro, no se siente muy “identificado” con ese paisaje “vasco”, *bizkaitarra*, que no coincide con su entorno.

Es decir, cuando se formuló el nacionalismo vasco, en términos de identidad tomó como modelo la geografía vizcaína. El problema es que se dejó en el tintero el resto de elementos referenciales del conjunto vasco, o navarro en general. Y no hablamos sólo del paisaje; esta reflexión sirve para el lenguaje, la mitología, la cultura, la forma de vestir, la historia... Incluso la definición del territorio, que tuvo que pasar por *Bizkaia por su independencia*, el Irurak Bat, Laurak Bat, hasta llegar al Zazpiak Bat....

Y como apuntábamos, en este país no tenemos claro cuál es nuestra identidad. No sabemos quién es vasco, navarro, quién es nacional y quién no lo es. A vuelapluma, podemos recordar algunas definiciones que durante años hemos empleado en los discursos para establecer nuestra identidad y la naturaleza del sujeto colectivo.

-PTV. Pueblo trabajador vasco es todo aquel que vende su fuerza de trabajo en Euskadi. Sin entrar de nuevo en la cuestión del nombre de Euskadi, esta fórmula permite suponer que un guardia civil español queda incluido en la nación vasca.

-Otra fórmula habitual es la que pone el idioma, el euskera, en el eje de la identidad. Euskalduna, euskara duena. El euskera nos hace pueblo; es la seña de identidad que nos define. Por supuesto, todas estas definiciones tienen algo, poco o mucho, de real. El problema es si permiten (o no) una formulación lo más ajustada posible a la realidad, y dan la clave de su explicación. El euskera es una seña de nuestra identidad, sin lugar a dudas, pero si en una población de 2 millones y medio de habitantes, lo utilizan entre 600 y 700.000, es evidente que la mayor parte del país queda fuera. El euskera es nuestro; es nuestro patrimonio; pero lamentablemente nosotros no somos del euskera más que en una pequeña proporción. ¿Qué hacemos con los demás? ¿Los dejamos fuera?

-En los últimos años hemos escuchado la expresión de los “nuevos vascos” para designar a los inmigrantes que acaban de llegar. Son personas caracterizadas por una gran movilidad, que a menudo paran en nuestro país como escala a otros lugares, de la Península o de Europa. Pensar que estos recién llegados forman parte de la colectividad nacional está muy bien en términos de lo *políticamente correcto*, pero no dice nada a efectos del debate de la construcción nacional. Más bien tiende a distorsionar.

Todo esto se puede discutir, matizar, pero para no enredarnos en polémicas interminables, propongo un caso práctico que nos puede ayudar a observar las limitaciones de estas definiciones.

Se me ocurre el caso de una persona real, pero que no vamos a nombrar. Digamos que es de Tafalla, de familia tradicional, arraigada por completo, muy vinculada a los conflictos históricos, de habla hispana, autónomo de profesión... Aunque es del país, y caracterizada por una profunda conciencia vasca, según esas definiciones no es vasco;

ni habla euskera, ni vende su fuerza de trabajo, ni es un recién llegado. Para más INRI es navarro.

Las categorías que hemos utilizado, dentro del nacionalismo tradicional (y ello agrupa desde el PNV a la izquierda abertzale), no han sabido formular una definición del país en clave nacional.

## REDEFINICIÓN DE LA CUESTIÓN

Desde Nabarralde pensamos que una relectura de la historia nos puede ayudar a revisar estos paradigmas, y formular correctamente el problema de fondo. En un país que tiene tanta historia, además, es natural que la memoria histórica forme parte de la identidad y la conciencia nacional. De hecho, es lo que ocurre, sobre todo en ciertas partes del territorio, aunque en otras no se perciba así, no se entienda y, en definitiva, no se valore.

Pero no hablamos sólo de memoria histórica (que también), sino de utilizar la historia como paradigma, para entender las cuestiones de fondo.

El tema daría para mucho más que esta ponencia. La historia vasca es de largo recorrido. Pero sin alargarnos en toda una exposición de fondo, deberíamos detenernos en unas claves esenciales.

El estadio precedente a la nacionalización de los actuales Estados-nación europeos es la Edad Media. En ésta se conforman (o quedan arrinconados los que no prosperan) las bases de los Estados en ciernes. Así pues, ¿qué presencia tiene la población vasca en esa época? La respuesta es sencilla: Navarra. El reino, Estado o como lo queramos llamar, independiente de Navarra.

La agresividad y el expansionismo de los dos imperios vecinos fue mermando nuestro territorio, sobre todo por el sur, por las conquistas castellanas. Son siglos de acoso y pérdidas territoriales. Específicamente hay dos fechas que han sido cruciales para nuestro devenir: las conquistas de 1200 y 1512.

La de 1200, la invasión castellana de la Navarra occidental (hoy EAE/CAV), supone una línea de ruptura que, sin ningún fundamento previo o propio del país, llega hasta nuestros días. Antes de ella todo era Navarra, y los datos así lo revelan: la voluntad manifiesta de sus pobladores (Laudo de 1177), la observación de los visitantes (Aymeric Picaud), etc. Sin embargo, consumada la fractura por vía militar, la división territorial marca la identidad y el proceso histórico posterior.

Navarra sigue existiendo en su independencia durante tres o cuatro siglos más; pero esos territorios desgajados por la fuerza YA no son Navarra. Se reconocen por su identidad étnica; son vascos; no asumen el ser castellanos (aunque políticamente no sean otra cosa; no hay más que ver los mapas políticos de la época). A poca distancia sus vecinos son navarros; también son vascos, por supuesto, de lengua, cultura, de etnia... Pero no necesitan destacarlo. Y eso llega hasta nuestros días; en las guerras carlistas o en la Gamazada, en las coplas de Monteagudo, etc., esta conciencia es evidente. Pero son políticamente navarros.



Cuando el aranismo impulsa su nacionalismo, ignora todo esto. Sabino Arana recurre a los mitos, leyendas, imaginario, folclore... del entorno comarcal vizcaíno (como nos dice Jokin del Valle). El problema es que los naturales de la Alta Navarra no se sienten integrados o representados en ese discurso local, en parte inventado. Ellos siguen siendo nacionalmente navarros, no *euskadianos*, con una historia de independencia en Navarra, con una bandera, con un paisaje...

Unos son navarros (y, puestas las cosas a mala fe, no vascos). Otros son vascos, no navarros.

¿Cómo se puede invertir este proceso de distorsión, de aculturación e indefinición del proyecto nacional de futuro? En nuestra opinión, superando esas visiones parciales del país y recuperando todos los referentes que, formando parte de nuestro patrimonio, nos hacen sujeto colectivo: las señas de identidad, la lengua, la memoria histórica, la cultura, el paisaje, el territorio, los nombres y símbolos...

Hay que tener en cuenta que este capital simbólico del patrimonio navarro es mucho más amplio y más rico que el inventado por Arana (y que incluye a éste. No podemos ignorar su legado; también es parte del país). Hablamos del patrimonio simbólico de un Estado, independiente, soberano, que nacionalizó al pueblo durante siglos, que fue reconocido internacionalmente, con instituciones propias que aún perduran.

Por otra parte, las referencias al Estado, a unas leyes, un territorio... nos dan una perspectiva nacional más cívica que étnica (al contrario que las señas de identidad habituales, centradas en la tradición vascongada, de carácter etnicista). Es un dato del que también podríamos hablar largo y tendido.

## PROPUESTA

La propuesta que ofrece Nabarralde se concreta en varios enunciados:

. Históricamente Navarra ha sido el Estado independiente y soberano de los vascos. En él se reconoce su centralidad, su nombre en el mundo, su capitalidad... Un país puede remodelar y cambiar todos estos referentes; pero no puede ignorarlos ni despreciarlos. Si lo hace se desahucia y desacredita a sí mismo.

. Los vascos han sido navarros en lo político. Ninguna otra fórmula ha sido propia, sino ajena e impuesta. Los navarros, a su vez, vascos en lo lingüístico y lo cultural.

. Decía Campión que el euskera es un recuerdo venerable del pasado, y sin embargo no ha dejado de ser una esperanza del porvenir. Es una observación que creo que compartimos muchos en este pueblo.

. Desde Nabarralde pensamos que el resto de referentes históricos y simbólicos encaja en el mismo predicado.

ANEXO: (PROPUESTA MÁS DETALLADA –por si fuera más apropiada-)

- Navarra, el Estado vasco, es el resultado de la organización de los vascones para su defensa, al sur de los Pirineos.
- Se da una coincidencia entre el territorio original de Navarra (reino de Pamplona al principio), población vasca, euskera, cultura y costumbres (implantación del derecho pirenaico) y línea de castillos y defensas.
- El territorio de Navarra en origen engloba el actual de Euskal Herria (al sur de Pirineos). Y más.
- La desmembración de Navarra, hasta su actual dimensión provincial, es consecuencia de guerras y conquistas territoriales.
- La actual división territorial vasca (Araba, Gipuzkoa, Bizkaia, La Rioja, Navarra, Nafarroa Beherea...) es consecuencia de sucesivas agresiones militares.
- Una nación dominada que quiere escribir su historia tiene que hacerlo desde su propia centralidad y tomando como referencia el conjunto de su patrimonio, tanto material como inmaterial.
- Las historias de Vasconia o Euskal Herria que se han escrito hasta el momento han tomado como referencia aspectos patrimoniales parciales, como son, principalmente, el llamado Sistema Foral o el aspecto lingüístico y cultural.
- El paradigma navarro permite explicar y comprender mejor que cualquier otro modelo hasta la fecha, el proceso histórico nacional de los vascos y su situación en los comienzos del siglo XXI.
  - Incorpora la globalidad humana y territorial del país.
  - No se circunscribe a las limitaciones impuestas por los sistemas políticos y administrativos de la dominación.
  - No acepta ninguna autolimitación humana ni territorial de la propia sociedad.
  - Plantea unas perspectivas de futuro, realistas e integradoras, a las demandas de libertad y democracia, concretadas en el principio irrenunciable a la “libre disposición”.